

Capítulo 5

Judaísmo y el no judío en la familia

Nilton Bonder

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

BONDER, N. Judaísmo y el no judío en la familia. In: BONDER, N., and SORJ, B. *Judaísmo para el siglo XXI: el rabino y el sociólogo* [online]. rev. and enl. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2008. pp. 38-46. ISBN: 978-85-9966-230-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

Capítulo 5 - Judaísmo y el no judío en la familia

Nilton Bonder

Cajú, el quinto hijo

La tradición rabínica hace uso de una interesante forma de dialéctica: La "tetraléctica". Contrariamente al pensamiento desarrollado a partir de y con el fin de unir las oposiciones -tesis y antítesis- para lograr una comprensión superior -la síntesis-, los rabinos resaltaron el "centro entre los polos" como la forma de alcanzar la síntesis plena. El centro siempre está formado por dos categorías moderadoras: el centro más próximo de un polo y el centro más próximo del otro polo. Los casos son numerosos. Por ejemplo, para reflexionar acerca de la posesión, los rabinos reconocen dos categorías principales. La del "apegado" es la de aquellos que piensan que "lo que es mío es mío y lo que es tuyo es mío", y la del "desapegado", la categoría de los que piensan que "lo que es mío es tuyo y lo que es tuyo es tuyo". Pero entre estas dos categorías existe la de "los mal resueltos": "lo que es mío es mío, y lo que es tuyo es tuyo" y la de "lo que es tuyo es mío, y lo que es mío es tuyo".

El primero es el centro más próximo al polo apegado. A pesar de contener elementos de menor apego, sin duda todavía pertenece a esta categoría. La segunda categoría, también del centro, aunque próxima a una tontería, confunde las nociones de propiedad, y aun conteniendo elementos de apego, está más próxima al polo del desprendimiento.

Otro ejemplo puede ser tomado de las cuatro formas de temperamento (Avot 5:14). En los extremos están los "difíciles de enojarse y fáciles de apaciguar" (los pacíficos) y los "fáciles de enojarse y difíciles de apaciguar" (los furiosos). Entre ellos están los de "centro de paz" – difíciles de enojarse y difíciles de apaciguar- y los de "centro furiosos" -fáciles de enojarse y fáciles de apaciguar-. Este juego de apuntar a los "centros" aparece en ejemplos como el de los cuatro tipos de donadores (Avot 5:16), o los cuatro tipos de aprendices (Avot 5:15) y así sucesivamente. Esta "tetraléctica" es una referencia de un orden tal para los rabinos, que la propia Creación fue codificada en cuatro mundos. En los polos están los mundos "material" y "etéreo" y, en el centro, el "centro-material" y el "centro-etéreo". Este tipo de pensamiento nos resulta familiar a través de la política moderna que creó la percepción de una "izquierda" y una "derecha", con sus centros en la "centroizquierda" y la "centroderecha".

Para la experiencia existencial el cuerpo y el espíritu están en los polos. Sus centros son la "emoción", más próxima al cuerpo y el "intelecto", más próximo al espíritu.

En la interpretación, como nos muestra la leyenda del Pardes, existen los polos de aquellos que se mantienen íntegros y de aquellos otros que se pierden.

Entre el sabio y el hereje están las categorías del centro-sabio (autodestructivo, permanece íntegro ante la verdad al costo de su propia integridad física) y el centro-hereje (el loco, no permanece íntegro ante la verdad para preservar su integridad física).

Hoy ese paradigma de la tetraléctica ha sido puesto en jaque por el cajú.³ ¿Pero cómo surge el "cajú" en todo esto?

En la celebración de *Tu-Bi'shevat* -el año nuevo relativo a los árboles-, en los primeros indicios del fin del invierno e inicio de la primavera, los rabinos crearon un "juego simbólico" a través de los frutos. Para marcar la "tetraléctica" presentaron la idea de que los frutos -gracia mayor concedida por el reino vegetal- existen dentro de cuatro categorías. Los frutos totalmente resguardados (cáscaras y semillas no comestibles como la palta o el mango), y los totalmente "entregados" (cáscaras y semillas comestibles como la frutilla o el higo) representan los extremos en el reino de los frutos. Los centros quedan a cargo de los frutos "centro-defendidos" (cáscaras no comestibles y semillas comestibles como la banana, el ananá y la pifia) y de los "centro-entregados" (cáscaras comestibles y semillas no comestibles como la ciruela o la aceituna).

Todo muy bien hasta que aparece el cajú.

El cajú es una quinta categoría. Es verdad que a muchos les gustaría encuadrarlo como un fruto de cáscara comestible y semilla no comestible. Pero esta sería una triste simplificación del cajú. No me refiero solamente al hecho de que la fruta del cajú tiene la particularidad de exteriorizar su semilla (que no se halla protegida por la cáscara sino que está expuesta) y representar una forma extraordinariamente "entregada". Es un hecho que su semilla, aparentemente no comestible, es justamente lo más codiciado del fruto: castaña de cajú. No conozco otra fruta cuya semilla sea más codiciada con fines comestibles que el propio fruto, y cuyas semillas y fruto sean externos unos a los otros. El cajú trae problemas.

Los judíos brasileños saben que el "cajú" trae problemas. En particular porque este término, muchas veces utilizado en forma peyorativa, denomina a los hijos de casamientos mixtos. Derivado de las sílabas iniciales de "católicos" y "judíos", el "cajú" representa a todos los hijos de casamientos entre judíos y personas de cualquier otra religión. "Quién es el cajú? "Será una figura externa que está adentro, o una figura interna que está afuera? "Cómo encuadrarlo en el paradigma vigente? No hay dudas: el "cajú" trae problemas para la tetraléctica. De hecho, todo lo que está afuera del pensamiento o de la teoría trae problemas. "O serán desafíos?

Sin saberlo, o sabiendo, los judíos brasileños elevaron el cajú a una pieza mítica: el quinto

³ Fruto de una planta brasileña llamada cajueiro ” El pedúnculo se desarrolla en una estructura carnosa, dulce en algunas variedades, de fuerte color amarillo o anaranjado, que consiste en la parte comestible de la castaña de cajú. La fruta en sí es la semilla de la planta en forma de medialuna en su ápice.” <http://es.wikipedia.org/wiki/Pseudofruto>.

fruto.

El cajú es fundamental para que comprendamos la propia noción de dialéctica o "tetraléctica". La dialéctica no es nada más que la tentativa de tratar con el "otro". El diálogo, que es hoy el sostén principal de la ética y el entendimiento humano, se basa en el hecho de reconocer en la antítesis del otro la posibilidad de una síntesis que sea la depuración de nuestra propia tesis. Los rabinos también buscaban esto con sus cuatro categorías. Reconocer al otro, así como los matices en el comportamiento humano, era promover un ser humano mejor, con mayor comprensión de sí y de su prójimo. Sin duda el cajú puede hacer que este proceso dé un paso al frente. El verdadero "otro" es aquel que no está en el diálogo y que, de cierta forma, cuestiona tanto tesis como antítesis. Es aquel que no se encuadra en la síntesis y, por lo tanto, la "desaprueba".

Por un lado, el cajú implica "amenaza" y, por el otro, "desafío". Pero todos sabemos que ignorar la existencia de ese "quinto fruto" no preserva la síntesis; por el contrario, acelera su proceso de desintegración. No existe otra forma de honrar el esfuerzo intelectual y espiritual del pasado que no lleve la amenaza a la categoría de desafío.

En la *Hagadá* de Pesaj los rabinos ejemplificaron por medio de su "tetraléctica" cuatro categorías de pertenencia a un grupo. El hijo que se siente parte de la cultura y el que se siente fuera de ella son, obviamente, los polos. En el centro están los ignorantes -una especie de centro de aquellos que se sienten parte de la cultura- y los alienados -una forma de centro de aquellos que no se sienten parte de la cultura-.

El cajú es el quinto hijo. Externo a la cultura, él no puede ser categorizado como ignorante o alienado, ni tampoco como aquel que la rechaza. Estos nuevos tiempos exigen el coraje de entender que tal vez lo externo, la propia semilla difícil de tragar, sea el manjar más apreciado. Y que más que en el fruto, su importancia está en aquello que es externo y en su poder de construir y reconstruir lo que es interno.

Tal vez la gran sorpresa sea justamente esa: que el que hoy nos parece incomedible, intragable, pueda convertirse en el mejor manjar si es tratado adecuadamente. Como la cultura brasileña se da a conocer más por la castaña de cajú que por el fruto -desconocido para la mayoría-, no se asombren si este deviene en el nuevo paradigma. Esto es, de la "castaña" puede surgir en el futuro gran parte de la identidad de una cultura que el fruto en sí no produce.

Con-versiones y hechos

La cuestión de las conversiones al judaísmo -más que polémica al interior de los diversos movimientos judíos- revela importantes tendencias de la auto-imagen de los judíos en los últimos siglos. La frecuente desconfianza de los judíos respecto de la sinceridad de los convertidos se basa,

en parte, en el temor de la corrosión por la asimilación y, en parte, en el temor a la utilización del judaísmo para "intereses propios". Ambas consideraciones son relatadas desde los primeros textos rabínicos acerca de este asunto. Bay, sin embargo, un tercer elemento de carácter bastante subjetivo que constituye *unafresh mutation* (una nueva mutación), es decir, un desarrollo moderno de la cuestión.

Dice respecto a la evolución de la idea que "ser judío" es una condición que se transmite apenas por la "sangre". Para expresarlo en lenguaje contextual, no estamos hablando de una carga genética, terminología muy reciente, sino de un "alma" que retrocede hasta el Monte Sinaí. Este linaje espiritual consiste en una forma de racismo que se expresa por la creencia no en un cuerpo diferenciado, sino en un alma diferenciada. Esa forma de teología se expresa en el imaginario popular señalando como "imposible para un no judío entender el drama, la tragedia, la saga y la epopeya del judaísmo". Sólo un "alma" modelada por la experiencia histórica y amamantada por un "hogar judío" consigue producir el "ser judío".

Vamos a hacer una recorrida por el concepto de "conversión" con el objeto de exponer una inseguridad interna de los judíos que se manifiesta externamente en la cuestión de la conversión. La posible falta de fidelidad del convertido, su capacidad de inocular el judaísmo con percepciones erróneas o de diluir algo que es puro, todo ello revela la fragilidad de la identidad judía moderna. Para la gran masa de judíos no practicantes absorbidos por la ciudadanía y la globalización, resulta insoportable percibir que no hay casi ninguna o ninguna diferencia entre ellos y los no judíos. Aumentar el valor de los requisitos de ingreso al club para preservar su categoría, sin mejorar realmente el contenido y la calidad del mismo, es un indicador de decadencia.

Los extremos, es decir, la ortodoxia y los judíos plenamente asimilados, estarían resueltos. EL primero asume ser "diferente" de los otros en su misión histórica o, de manera mística, en su función cósmica. El segundo asume ser "un igual" y, por lo tanto, cuestiones como la conversión o las convenciones de pertenencia importan poco.

Entretanto, ambas posturas apenas disimulan una solución definitiva. La ortodoxia, primeramente, vive su drama particular teniendo que adoptar posturas cada vez más radicales para poder diferenciarse en un mundo de iguales. No sólo la televisión habla de iguales sino, también, la moral, la ética, la cultura, el arte, la ciencia, los mitos y los misticismos. La ortodoxia obtiene beneficios de dicha igualdad, depende de ella, hace uso de la misma y precisa, al mismo tiempo, reasegurarse constantemente de que ella (la igualdad) no existe. La vestimenta, las prácticas Y las ideas tienen como función mayor no tanto servir al Creador, sino proteger al judío. El segundo grupo adopta aires y una actitud de seguridad para descubrir que, en la primera o segunda generación, sus descendientes están confundidos, no identificando en su postura una opción co-

munitaria, sino una renuncia.

La palabra *guer* -converso-aparece en el texto bíblico con el sentido de "extranjero". La raíz de su significado, "residir, habitar", transmite una sensación de transitoriedad. "Residentes temporarios fueron ustedes en Egipto" dice el texto bíblico generando una de las más fuertes identificaciones judías: ustedes fueron extranjeros, ustedes fueron residentes temporarios sentados sobre sus maletas y ustedes fueron "convertidos" en medio de otros. No hay duda de que la expresión contiene una ambigüedad. Si el converso es alguien que abraza una cultura y una fe, ¿por qué designarlo para siempre como un extranjero?

Esa ambigüedad aparece en los textos en afirmaciones como: "el convertido es recibido con los brazos abiertos y es tratado como un judío" (Lev. R. 2:9) o en discusiones en las que se plantea si puede servir como juez o no ("un prosélito sólo puede servir como juez en casos civiles, estando impedido de servir en casos criminales y, además, sólo para otro prosélito" (Lev. 102a).

En ciertos casos la cuestión es de sensibilidad a la diferencia. La realidad de un origen y de una familia externa al judaísmo también aparece señalada en discusiones del tipo: "¿Cómo debe un convertido dirigirse a los ancestros judíos? ¿En las oraciones debería el convertido decir 'Nuestro Dios y Dios de sus antepasados' o 'Nuestro Dios y Dios de nuestros antepasados?'". La pregunta es legítima desde el punto de vista objetivo. Decir que es el Dios de sus antepasados (tomando obviamente "Dios" por una forma específica de relación con Dios) sería una mentira. Entretanto, Maimónides percibe la malicia implícita en esta "verdad" y sentencia en una carta a un amigo convertido (Rambam, Responsa 42): "Un convertido debe decir 'Nuestro Dios y Dios de nuestros ancestros' o 'que nos eligió' o 'que nos dio' o 'que nos hizo heredar', porque al elegir tornarse un convertido pasó a ser un discípulo, un hijo de Abraham. Una vez que se convierte no hay diferencia entre yo y usted...". En verdad, ninguna otra tradición está tan marcada por la idea de conversión como la judía. Su fundador no es un profeta, un visionario que recibe importantes revelaciones, sino alguien que se asocia a otro pacto diferente de aquel de sus pares y de su origen. Abraham es un personaje distinto de Moisés, de Buda, de Jesús e, incluso, de Mahoma. Abraham es un convertido que gradualmente convierte también a su mujer y a las mujeres de su hijo y de sus nietos.

No sólo la tradición traza el origen de importantes personalidades como Rabí Akiva, Rabí Meir, Shemaia y Avtalion hasta su conversión, sino que los señala como descendientes de los perversos Sanjeriv, Sisera, Haman y Nero (Git. 56b). Esto demostraría que la conversión es un acto de "nacimiento" nuevo, independiente del pasado, ya sea el del individuo o el de sus ancestros. Simbólicamente esta se expresa por el hecho de ser el Mesías descendiente de convertidos. Ruth la moabita forma parte del linaje directo del rey David, el cual a su vez es ancestro del Mesías. En resumen, Abraham es un convertido, Moisés es un judío que retorna y se casa con una no judía,

Rabí Akiva es descendiente de convertidos y el Mesías también. No hay duda alguna de que en los rasgos que hoy identificamos como típicamente judíos -pieles claras, niños pecosos, pelirrojos, caucasianos, ojos claros, etc.- está la presencia de mezclas exógenas en, básicamente, todas las familias. Pocos pueblos pueden remontar tan directamente su origen hasta los *guerim*, extranjeros, que pasaron a residir, habitar, convivir y comportarse como judíos.

El proceso de complicar las conversiones, adoptando aspectos cada vez más rígidos, es bastante reciente. En el siglo XVII, los consejos judíos de Lituania y de Moravia impusieron severas penalidades al acto de proselitismo y al de ofrecer albergue a los convertidos. La razón de esto deriva de factores externos e internos. El externo se debía a distintas acusaciones, tanto en Lituania como en Polonia, de que los judíos eran proselitistas. No sabemos si estas eran falsas acusaciones o si realmente representaban el comportamiento de la comunidad. En el campo interno, el mundo moderno hizo recrudescer, a su vez, el deseo de fronteras nítidas y definidas entre los miembros de los grupos judíos y de los otros. Las amenazas generadas por la emancipación, la asimilación y los casamientos mixtos acabaron por producir exigencias cada vez más estrictas en lo atinente a la conversión. Más recientemente, la volatilidad con que los individuos cruzan las fronteras de tradiciones y culturas ha generado sospechas en el proceso de conversión al judaísmo.

Es interesante notar que esa actitud más severa para con las conversiones es de origen nítidamente ashkenazi. Hasta hace pocas décadas, el mundo sefaradí se comportaba de forma bastante pragmática para con la conversión. De este modo, admitía su práctica como una necesidad intrínseca a un pueblo de "residentes temporarios y extranjeros", que es como se sentían los judíos.

***Tach'lis*, en la práctica**

La rigidez en la conversión y el abandono de actitudes más pragmáticas son nítidamente un reflejo de sentimientos de inseguridad y de falta de control sobre los destinos del judaísmo. Es interesante notar que la literatura rabínica trata la cuestión de la conversión con toda su riqueza y "diversidad". No tiene la expectativa actual de una fidelidad básica que sea absoluta. Las fidelidades parciales también eran reconocidas, lo que demuestra gran interés por un tratamiento más pragmático. Veamos los términos usados para distinguir las diversas actitudes de los convertidos:

Guer Toshav (prosélito residente): aquel que, para adquirir ciudadanía limitada en la Palestina, renunciaba a la idolatría (Gitt. 57b).

Guer Sheker (prosélito no sincero): aquel que ocultaba la preservación de costumbres y creencias de su fe de origen.

Guer Tzedek (prosélito justo): aquel que se convertía con conocimiento del judaísmo, con sinceridad y con compromiso.

Guer G'erurim (un convertido auto-realizado): no formalmente admitido y convertido, pero que es recibido informalmente por la comunidad (Av. Zara 3b).

Guer Ariot (prosélito por miedo) (Hull 3b): aquel que es presionado directa o indirectamente para la conversión. El ejemplo clásico son los "guerei Mordejai ve-Esther" (convertidos de Esther) (Esther VIII, 17).

Guer ia/omot (prosélito por sueño): convertido por consejo místico, por sueño o por interpretador de sueños (San. 85b).

Guerin To'im (prosélitos por error): convertidos que no siguen las directivas del judaísmo mismo sin traicionarlos por otros preceptos (Lev. 25a).

Luego de más de una década dedicado a realizar conversiones como una forma de convivir con fenómenos inherentes a la realidad de los judíos de Brasil, puedo diferenciar todos los distintos grupos definidos por los rabinos del pasado. Están los que se convierten en forma plena, y son un ejemplo para los propios judíos de un judaísmo vivo y con valores intrínsecos que muchos desconocen. Están los que son apenas "residentes", que conviven bien con el judaísmo pero sin demostrar por él interés intelectual o espiritual. Son sinceros en su adopción del judaísmo, crían a sus hijos como judíos y terminan funcionando en forma semejante a la gran masa de judíos aculturados que, sin embargo, preservan su identidad y pertenencia. Están los que se convirtieron por miedo. Miedo del cónyuge o de la suegra, o presionados por sus propios preconceptos ("la mujer debe seguir el marido") o por el deseo de integración en grupos sociales judíos. Son cada vez más los "prosélitos por sueño", que hacen del misticismo un sustituto para la falta de identidad propia.

Están los prosélitos mentirosos que manipulan el acto de conversión para la obtención de favoritismos afectivos y hasta materiales. Están los convertidos por "error" quienes, diferentes de los "residentes" que cumplen con prácticas carentes de pasión, no reniegan del judaísmo, a pesar de que este tiene poca presencia en su vida.

Esta variedad de casos muestra algo interesante: hay diferentes tipos de *guer*. Ellos no constituyen solamente la categoría de los "justos", de los prosélitos absolutos, sino toda la gama que mencionamos más arriba. Hasta el *guer sheker* -el prosélito mentiroso y manipulador- es un *guer*. Es obvio que, detectada la malicia, aquellos responsables de la conversión deben impedirla. Pero es importante percibir que esos estilos de *guer* son conocidos apenas después del acto de conversión formal. Hasta entonces, todos los *guerim* tendrán que presentarse como candidatos a *guer tzedek* (Uustos) o al menos como *guer toshav* (residentes). Este fenómeno es parecido a la intervención religiosa en el casamiento. Por ejemplo, una pareja puede casarse por amor y con plena conciencia del significado del casamiento. O, sin amor, para obtener provecho material, o solamente para cumplir con la voluntad de los padres, o simplemente por anhelar un hogar afectivo que los padres no le brindaron, y se puede enumerar más ejemplos. ¿Hasta qué punto el rabino debe interferir para que el casamiento se realice únicamente entre un *zug tzedek* (un pareja de justos)? ¿Finalmente, si la jupá es un compromiso en las esferas celestes, por que querría un rabino involucrar a Dios en una

situación que no fuese siempre "absoluta", cierta e incontestable? ¿Saben por qué? Porque de ese modo no habría casamientos.

Es obvio que en los casos patéticos en que los procedimientos maliciosos sean detectados por un rabino, este debe involucrarse hasta el punto de negarse a officiar "tal casamiento". Me acuerdo de una pareja de "niños", ambos de 18 años, que me buscó para realizar su casamiento. Tenían la certeza de lo que querían y tenían la bendición de sus padres. En la conversación que tuve con ambos quedé impresionado por su inmadurez por lo cual, de acuerdo con mis parámetros, pensé que no debían casarse, por lo menos en aquel momento. Al interrogarlos sobre varios aspectos, vi que estaban seguros de su deseo. Entonces, me alejé por unos instantes para reflexionar pues estaba confuso: ¿cuál era mi papel?

Su deseo era genuino por razones que yo juzgaba erradas. ¿Más quién era yo para querer controlar el futuro? ¿Acaso el propio error no puede ser el camino elegido por alguien? ¡Vaya a saber qué función tendría el error (admitiendo que yo tuviera razón) en la vida de esas personas! Como dice un proverbio judío: "Nunca retire el fardo del hombro de una persona porque usted no sabe la función que este puede tener. Ayúdela con el fardo, ayúdela a reconocer que hay otras maneras de lidiar con el fardo, pero no lo quite por su propia decisión".

Realicé ese casamiento como si se hubiera tratado del de una pareja en la cual uno de los cónyuges estuviera buscando ventajas materiales (casamiento *sheker*: no sincero). Ello debido a que, desde mis posibilidades habría hecho todo lo que juzgara ético para advertir al otro cónyuge sobre una posible malicia involucrada. Pero si este insistiera en concretar su decisión, no me cabría otra actitud que la de realizar el casamiento.

Y de esas uniones ya surgieron muchas bendiciones. Ello debido a que las bendiciones no son producto de aciertos momentáneos que determinan destinos, sino productos de la interacción constante de los individuos con su vida. La incertidumbre está presente en todas las certezas y no reconocerlo es querer determinar al futuro. Nuestra responsabilidad también incluye comprender a partir de qué punto no somos responsables.

Volviendo a las conversiones, considero que es fundamental tener seriedad y compromiso en esta cuestión. Nuestra congregación posee un proceso de conversión extremadamente exigente respecto al compromiso de tiempo, participación, donación, cuestionamiento emocional, intelectual y espiritual. Entretanto generamos todos los tipos de *guerim* descriptos arriba. Repito, no los generamos sin la exigencia de ser *guerei tzedek* (justos). Muchos de ellos (un número gratificante) lo logran aunque, también, los otros nos van revelando su verdadera personalidad con el correr del tiempo.

Hay convertidos justos que no generarán una continuidad judía y hay convertidos mentirosos

que tienen la posibilidad de generar personajes como Rabí Akiva o Rabí Meir. El problema no son los convertidos, el problema son los judíos. ¿Cuál es el judaísmo en el que los judíos creen y cuál es el que quieren practicar? Solamente este puede ser el judaísmo exigido a aquellos que quieren ser judíos. Algunos han propuesto una conversión no religiosa, lo que parece, a primera vista, maravilloso. A mí me encantaría que todos los demás *guerim* que no sean *tzedek* -y que no quieran ser judíos observantes-, se dirigieran a un notario o a un consulado para llevar a cabo su conversión civil. Sin embargo, y no solamente por una cuestión de poder o por interés rabínico, advierto que esto es un engaño.

De la misma forma en que creo en un casamiento religioso no sólo para los observantes del judaísmo -porque veo en este acto de casamiento religioso una forma en sí de observancia-, imagino lo mismo para las conversiones. Creo que el judaísmo no es solamente una cuestión de ciudadanía civil y que, en su complejidad, contiene las tradiciones, los rituales, el folclore y el misticismo. No contemplar las conversiones en un ambiente que incluya todo esto es desistir de lo que creo.

El costo es el más difícil para un mortal: reconocer que no se tiene control sobre procesos de ese orden. Voy a continuar realizando conversiones que tengan la cualidad de generar *guerei tzedek*, pero, también, voy a generar todos los tipos de *guerim*. Esto lo haremos todos los rabinos y yo, no importa cuál sea nuestra orientación. Pues si bien implica costos, también se obtienen beneficios al no controlar procesos. Y a esto se refieren las sorpresas y bendiciones inesperadas.

No me considero proselitista para los no judíos ni para los judíos. En verdad, no creo en el convencimiento. Pero respeto el deseo y la intención del otro, hasta que se pruebe lo contrario. En fin, creo en la dignidad de un judaísmo sin miedo ni segregación y receptivo.

Realmente la cuestión de las conversiones no debería estar en la agenda de la ortodoxia ni en la de los judíos asimilados. Para los diferentes es difícil "producir" diferentes. Para los que no precisan de ninguna convención del lenguaje y de la liturgia, para iguales absolutos, es una pérdida de tiempo.

Pero para todos aquellos que se sienten iguales y, al mismo tiempo, identificados con costumbres, prácticas y tradiciones de una cultura y de una visión del mundo específica, siempre existirán fronteras. No existirán como barreras sino como forma y como especificidad. Para que puedan existir fronteras en nuestros días, es fundamental que sean abiertas. Como la piel que nos da identidad y delimita nuestro cuerpo, su porosidad es nada menos que vital.